

Pinjar  
El esqueleto y  
otras historias

© 2018 Amrita Pritam

Título original: Pinjar. The Skeleton and Other Stories

Todos los derechos conforme a la ley

Características tipográficas y diseño editorial

© Distinta Tinta Ediciones

Diseño de portada e ilustración

Diseño de interiores

Beatriz Rubio Fernández

Primera edición

ISBN: 978-84-948933-0-8

Depósito legal: M-19739-2018

[contacto@distintatintaediciones.com](mailto:contacto@distintatintaediciones.com)

[www.DistintaTinta.com](http://www.DistintaTinta.com)

Editado e impreso en España

*Distinta*Tinta

# Pinjar

## El esqueleto y otras historias

Amrita Pritam

Traducido y adaptado del panyabí por  
Khushwant Singh  
Traducido del inglés por  
Beatriz Rubio Fernández



# Amrita Pritam

(1919 Gujranwala, India Británica, ahora Panyab, Pakistán - 2005 Delhi, India) es considerada la primera mujer poeta, novelista y ensayista panyabí, igualmente amada en ambos lados de la frontera entre India y Pakistán.

Nació como Amrita Kaur en Gujranwala, hija de un maestro de escuela y poeta ortodoxo sij. Su madre murió cuando ella tenía solo once años; la soledad resultante hizo que Amrita, guapa y menuda, permaneciera recluida y buscara consuelo en la poesía, publicando su primera antología en 1935 a la edad de dieciséis años en Lahore, la capital cultural y política de Panyab y la ciudad donde vivió hasta la partición.

Ese mismo año, desesperadamente en busca de ayuda emocional y estabilidad, se casó con Pritam Singh, un periodista sij que era mucho mayor que ella. Pero fue una unión infeliz y altamente turbulenta que terminó en divorcio en 1960, dando un fuerte sabor feminista a las obras posteriores de Pritam.

A partir de entonces se asoció con Imroz, una artista con sede en Delhi, donde vivió desde la Independencia, y su relación continuó más de cuatro décadas. En uno de sus poemas recientes, escrito ya enferma y sabiendo que su fin era inminente, consoló a Imroz al declarar que se encontrarían nuevamente.

Después de la Independencia, Amrita Pritam —siguió usando su nombre de casada a lo largo de su vida— se unió a la radio estatal *All India Radio* y trabajó allí durante catorce años hasta 1961, cuando lo dejó para dedicarse por completo a la escritura. Su autobiografía *Rasidi Ticket* ("The Revenue Stamp") en 1976 trajo controversia por su candidez, al igual que el volumen de poesía *Kagaz te Kanvas* ("Papel y lienzo") cuatro años más tarde.

A pesar de haber emigrado de Lahore a la India tras la Independencia, siguió siendo igualmente popular en Pakistán durante toda su vida, en comparación con sus contemporáneos como Mohan Singh y Shiv Kumar Batalvi.

En una carrera literaria que abarca siete décadas, Pritam escribió veinticuatro novelas, quince antologías de cuentos cortos y veintitrés volúmenes de poesía, enriqueciendo en gran medida el idioma panyabí. Ella fue la primera mujer en recibir el

prestigioso premio Sahitya Akademi, por *Sunehray* ("Golden"), su antología de versos de Panyab en 1955.

Pritam también fue la primera mujer panyabí en ser galardonada con el Padma Shri, uno de los premios civiles más altos de la India, en 1969 y el Premio Jnanpith, el honor literario más alto del país, trece años después. "Acabo de regresar lo que absorbí al leer la gran poesía de los grandes poetas sufíes y bhakti de mi tierra", respondió Pritam modestamente.

Amrita Pritam se mantiene ante todo como una escritora cara a cara con la experiencia y la creatividad de su vida. Ella transmite precisamente esta comprensión en un poema sobre sí misma:

Hubo un dolor  
lo inhalé  
silenciosamente  
como un cigarrillo  
hay algunas canciones  
me he desconectado  
como cenizas  
del cigarrillo

Era conocida por su capacidad para retratar la esencia de su gente fuerte, sus vidas turbulentas y, sobre todo, sus emociones profundamente arraigadas. En prosa y versos simples pero delicados y creativos, expresó la intensidad de la división de la India por parte de la administración colonial en 1947, cuando millones fueron desarraigados, con derramamiento de sangre y tragedia a ambos lados de la nueva frontera.

Los conmovedores poemas de Pritam también dieron a conocer la difícil situación de las mujeres punyabíes, que habían tejido su sufrimiento en un ambiente conservador en canciones populares, cantado suavemente tras voluminosos velos y en la intimidad de las cocinas a las que estaban condenadas perpetuamente.

Pritam estaba constantemente en busca de la libertad y vivió la vida en sus propios términos. Ella también tenía los pies en la tierra y poseía un sentido del humor irónico y autocrítico que la ayudó a restañar las tragedias personales.

En la novela *El esqueleto* (1950), Pritam describe la trage-

dia política y humana que subsistió al Panyab en los meses de disturbios sectarios que precedieron a la división del subcontinente en un Pakistán musulmán y una India ampliamente laica, pero predominantemente hindú. Pritam se centró en las vidas de mujeres jóvenes musulmanas, sij e hindúes que se convirtieron en víctimas de secuestro, violación y otras miserias indecibles durante la furia del caos y los asesinatos sin sentido, relato que se convirtió en una película exitosa en 2003 dirigida por Chandra Prakash Dwivedi y protagonizada por Urmila Matondkar.

*Ese hombre*, el otro relato incluido en este libro, es un relato convincente de un joven nacido en circunstancias extrañas y abandonado y dedicado en el altar de un templo.

Ambos relatos están escritos en panyabí como la mayoría de sus obras y se ha traducido al inglés y de ahí a esta versión en español. Se han mantenido algunas palabras del original que se pueden consultar en el glosario al final del libro.

Su poema *Aj aakhan Waris Shah nun* escrito durante un viaje en tren y convertido en el recordatorio más conmovedor de los horrores de la división, se dirige al poeta sufi Waris Shah autor de historia de amor trágico de Heer y Ranjah, y es la mejor introducción a las historias que se recogen en este libro:

*Aj aakhan Waris Shah nun,  
kiton kabraan vichchon bol,  
Te aj kitab-e-ishq daa  
koi agla varka phol  
Ik roi si dhi Punjab di,  
tun likh likh maare vaen,  
Aj lakhaan dhian rondian,  
tainun Waris Shah nun kaehn  
Uth dardmandaan dia dardia,  
uth takk apna Punjab  
Aj bele lashaan bichhiaan  
te lahu di bhari Chenab*

Hoy, llamo a Waris Shah,  
"habla desde tu tumba"  
Y hoy pasa  
la próxima página cariñosa  
del libro del amor  
una vez, una hija de Punjab lloró  
y escribiste una saga de lamen-  
tos  
Hoy, un millón de hijas te llora  
¡Waris Shah levántate!  
O narrador del duelo: ¡sube!  
mira tu Punjab de hoy,  
los campos están llenos de  
cadáveres,  
y la sangre llena el Chenab.



# **Pinjar**

## **El esqueleto**



El cielo era gris descolorido. Puro se sentó con un saco abierto entre sus pies. Estaba desgranando guisantes. Apretaba la vaina y sacaba los guisantes con el dedo. Una pequeña y pegajosa babosa se pegó en su pulgar. Sintió como si hubiera metido el pie en una cloaca; apretó los dientes, se sacudió la babosa y frotó sus manos contra las rodillas.

Puro miró los tres montones que tenía delante; los cestos vacíos, las vainas y los guisantes que había sacado. Puso la mano sobre su corazón y continuó con la mirada vacía. Sentía que su cuerpo era una vaina de guisantes en la que llevaba una oruga blanca y pringosa. Su cuerpo no estaba limpio. ¡Si pudiera sacarse el gusano de su interior y lanzarlo lejos! ¡Sácarselo con las uñas como si fuera una espina! ¡Extraerlo como si fuera una larva o una sanguijuela...!

Puro miró fijamente el muro vacío frente a ella. Los recuerdos de días pasados llegaron amontonándose en su mente.

Puro pertenecía a una familia de prestamistas en el pueblo de Chatto. Aunque habían dejado de prestar dinero varias generaciones atrás, aún eran conocidos como Sahukar. Habían pasado por malas épocas y una vez tuvieron que vender los utensilios de la cocina que habían tenido grabados los nombres de sus ancestros. El padre y el tío de Puro no pudieron aguantar más la deshonra. Dejaron el pueblo y se fueron a Tailandia. Allí, la rueda de la fortuna giró a su favor. Entonces Puro tenía nueve años. Detrás de ella, estaba un bebé en los brazos de su madre. Entoces su padre volvió, pagó la hipoteca de la casa (el capital y los intereses compuestos eran mayores que el precio de una casa nueva), salvó su casa familiar del embargo por los acreedores y así borró la deshonra. Vendió el grano y pienso que había cultivado en su tierra y volvió a Tailandia. Pero esta vez dejó detrás una casa que la familia podía considerar propia y un nombre del que sentirse orgulloso. Cuando volvió al pueblo de nuevo, Puro tenía catorce años. También estaban su hermano pequeño y tres hermanas más pequeñas. La madre de Puro estaba esperando su sexto hijo.

La primera cosa que los padres de Puro hicieron a la vuelta a Chatto fue buscar un joven —el hijo de una familia pudiente en el vecino pueblo de Rattoval— para casarse con su hija. La

madre de Puro esperaba el nacimiento de su propio bebé. En cuanto hubo tomado su baño ritual, planeó preparar la boda de su hija. Los padres de Puro estaban decididos a aligerarse del peso de una hija.

El prometido de Puro era tan guapo como inteligente. Sus padres eran propietarios de la única casa del pueblo que tenía un ático de ladrillos, con la palabra Om inscrita en la terraza. También poseían tres búfalos. El padre de Puro se presentó a los padres del chico con cinco rupias de plata y un cristal de azúcar y así le “reservó” para su hija. En aquellos días era costumbre entre los hindues de la región hacer intercambios matrimoniales, así que a pesar de que el hermano de Puro apenas tenía doce años, fue prometido a la hermana del prometido, que era una niña pequeña.

La madre de Puro había tenido tres hijas una detrás de otra con solo dos años entre ellas. Había tenido suficientes hijas, y ahora que la fortuna les sonreía de nuevo y tenían suficiente para comer y vestir, deseó que su siguiente hijo fuera un niño de nuevo. Ofreció plegarias a la Madre Sagrada. Las mujeres del pueblo llevaron estiercol de vaca e hicieron un ídolo en su patio. Cubrieron la cabeza del ídolo con un llamativo velo rojo rematado con oro, y le pusieron un pequeño pendiente de oro en su nariz. Todas ellas cantaron a coro.

¡Madre Sagrada, seas enojada cuando llegues!

¡Madre Sagrada, sé feliz cuando te vayas!

La gente del pueblo creía que era la Madre Sagrada quien determinaba el sexo de los bebés. Si ella era feliz y rodeada de risas se entendía que estaba en buenos términos con su marido. En este caso hará rápidamente una niña y volverá pronto con su esposo. Por el contrario, si se sentía taciturna, se suponía que había discutido con su marido y que no tenía prisa por volver con él. Se quedaría más tiempo y pacientemente convertiría el bebé en un niño. Las mujeres repitieron su canto:

¡Madre Sagrada, seas enojada cuando llegues!

¡Madre Sagrada, se feliz cuando te vayas!

La Madre Sagrada aparentemente estaba cerca y escuchó el canto de las mujeres. Quince días más tarde la madre de Puro daba a luz a un niño. Esto trajo mucha felicidad. Incluso fami-

liars lejanos recibieron las felicitaciones de sus amigos y vecinos. Todo lo que preocupaba ahora a la madre de Puro era que el niño fuera un trikhals, porque había nacido después de tres niñas y podía tener mala estrella; estos niños podían morir pronto o acortar las vidas de sus hermanos o padres. Por lo que las mujeres tuvieron que reunirse de nuevo para apaciguar a la Madre Sagrada. Hicieron un agujero en una gran lámina de metal y por ahí pasaron al bebé dos veces y cantaron:

Aquí llega una legión de trikhals

¡Una legión de trikhals!

Después de estos rituales, la madre se sintió más tranquila con que su hijo, aunque un trikhals, viviría.

Puro ahora tenía quince años. Sintió un extraño aumento de sangre en sus extremidades. Sus pechos florecieron, su kameez se volvió muy estrecho. Se compró percal de colores en un mercado cercano y se hizo unos nuevos. También consiguió un par nuevo de dupattas a juego. Estaban densamente adornadas con mica plateada.

Las amigas de Puro le mostraron a su prometido, Ramchand; los rasgos del chico se quedaron grabados en la mente de Puro. Cada vez que recordaba su cara, un profundo rubor subía a sus mejillas.

Puro no tenía permitido salir de casa sola. Mucha gente iba y venía entre los dos pueblos vecinos y su madre temía que la gente del pueblo de Ramchand pudiera ver a su hija. Había otra razón para ser cautelosa: los musulmanes se habían vuelto muy agresivos. Las niñas hindúes nunca se aventuraban fuera excepto a plena luz del día.

Puro a menudo cruzaba los cultivos de su padre y se desviaba por el camino que conectaba los dos pueblos. Deambulaba por los terrenos vecinos, con el pretexto de recoger espinacas. Algunas veces iba hasta el árbol jamun, agitaba sus ramas y dedicaba un buen rato a recolectar la fruta. Mantenía a sus amigos cotilleando mientras ella observaba el camino que llevaba al pueblo de Ramchand. Rezaba para que Ramchand pudiera venir por allí, así tendría oportunidad de verle bien. Este pensamiento aceleraba su corazón. Y luego pasaba la noche pensando en el joven que pronto iba a convertirse en su marido.

.....

Un día cuando Puro salió con sus amigas, llevaba unas nuevas zapatillas que rozaban sus talones. Los pies le dolían, empezó a rezagarse. Sus amigas volvieron al pueblo. El crepúsculo oscurecía el cielo como un montón de plomo derretido. El camino corría en zig-zag a través de tierras en barbecho, bajo arboledas de árboles peepul y bordeaba un grupo de arbustos. Puro vio a sus amigas muy lejos de ella. Una herida grande había crecido en su talón derecho. Se quitó las zapatillas y se apresuró descalza.

Las chicas habían bromeado con Puro diciéndola que su pie derecho dolía porque su lado derecho era más pesado que el izquierdo. Le dijeron que su mano derecha también era más grande que la izquierda. “Ya verás cuando te pongan las pulseras de boda en tus brazos”, le dijeron traviesamente. Estaba viendo que ocurría delante de sus ojos; las chicas forzaron en sus brazos pulseras rojas de marfil; las mayores salieron fácilmente; las más pequeñas subieron por su brazo izquierdo pero no pudieron entrar por la mano derecha. El barbero, ese era uno de sus trabajos, podría engrasar su mano con aceite y tratar de forzar su mano a través de la pulsera de marfil. ¿Podría soportar el esfuerzo? La pulsera era el símbolo de la dicha marital. Si una se rompía, era una señal segura de que un desastre iba a llegar —tal vez una joven viudez. Puro miró enfadada su mano derecha. Rezó para que Ramchand viviera muchos años —hasta cien mil años o más.

Puro andaba perdida en sus pensamientos. Un hombre apareció desde detrás de un árbol peepul y se quedó en medio del camino, bloqueando su paso. Era un chico musulman, Rashid. Era un joven de cuerpo fuerte de apenas veinte años. Sus labios estaban curvados en una sonrisa malvada. Sus ojos se clavaron en los pechos aún sin formar de Puro.

Puro gritó y corrió pasando a Rashid. Cuando alcanzó a sus amigas a las afueras del pueblo estaba sin aliento y aterrorizada.

—¿Era un chico o un tigre? —bromearon las chicas. Puro estaba muy distraída para responder— ¡Eres tontita! —dijo una de ellas—. ¡Has tenido suerte de que no fuera un oso! Un tigre devora a sus víctimas. Dicen que los osos se llevan a la mujer a

su cueva y se comporta con ella como si fuera su mujer.

Las chicas explotaron de risa.

Puro se estremeció con la idea. ¡La desafortunada desdichada que tenía que mentir con un oso! Cuanto más pensaba en ello, más pálida estaba. Había visto la forma poderosa y peluda de Rashid y sus ojos brillantes. Escuchó las risas de sus amigas desapareciendo calle adelante.

Dos días después Puro salió a los campos de cultivo para recoger vainas de rábanos. Arrancó un puñado y fue a un pozo vecino. Lavó las vainas y se llevó a la boca una bien tierna. Escuchó un ruido y miró hacia arriba. Rashid estaba apoyado en el tronco de un árbol mirándola. Puro sintió que la sangre se retiraba de sus piernas.

—¿Por qué tienes miedo, guapa? Soy tu esclavo —Rashid tenía de nuevo la misma sonrisa malvada.

Rashid parecía un enorme oso pardo. ¿Estiraría sus brazos y con sus grandes garras la atraería en un abrazo? ¿Acariciaría su cuello con las afiladas uñas? ¿Se la llevaría a su cueva y...?

Dos campesinos pasaron por el camino. Esto no echó para atrás a Rashid. Se quedó donde estaba con una sonrisa lasciva en su cara. Puro huyó a su casa.

Puro no le contó a sus padres nada sobre estos encuentros. Sus amigas le recomendaron que no era la clase de cosas que una le cuenta a su padre o a su madre. Le dijeron que todos los hombres miraban a las mujeres jóvenes y se describen a sí mismos como sus sirvientes o esclavos; una no debía tomar muy en serio esta clase de sinsentidos. ¡Deja que los hombres hablen! ¿La gente deja de caminar por las carreteras por miedo a los perros que les ladran?

El día de la boda de Puro se iba acercando. Su padre hacía acopio de latas de ghee y costales de harina para alimentar a sus invitados. Su madre había llenado un cofre de madera con dupattas bordadas y vestidos de seda pura que había traído de Tailandia. Las puntas de sus dedos dolían de arrugar las dupattas. Fuera de la casa todo brillaba con los utensilios de latón que se iban a regalar como dote. Puro había juntado pequeñas piezas de bordados para hacerse su colcha. Había hecho cestas de mimbre y moorhas con sus propias manos.



Una tarde mientras su madre estaba dando el pecho a su bebé, Puro decidió cocinar espinacas. Eligió las hojas tiernas de sarson, las cortó en pedazos pequeñitos y las lavó dos veces. Fregó una sartén con una lufa y puso las espinacas en ella. Añadió unos garbanzos hasta el borde de la sartén y lo puso todo a hervir con fuego suave. Empujó unos haces de leña en el fuego bajo la sartén.

Puro era la mano derecha de su madre; podía cocinar y cuidar la casa sin mucho esfuerzo. La madre de Puro había visto a su hija ocupada con la cocina. Un profundo suspiro escapó de los labios de madre. Pronto iba a perderla; entonces su casa volvería a estar completamente vacía. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Empezó a cantar un lamento de hija:

O Madre mía, estréchame en tu pecho  
y responde solo a una pregunta  
no me cuentes un cuento largo  
cuéntame ¿por qué me pariste  
si esta noche nos tenemos que separar?

Su voz se sofocó por la emoción y comenzó a sollozar. Controló sus sollozos y volvió a comenzar con voz quebrada:

Tengo mi rueca,  
tengo mis pacas de algodón,  
hilaré sábanas con cuadrados  
a los hijos les dan casas y palacios;  
las hijas son exiliadas a tierras extranjeras.

Puro corrió hasta su madre y la abrazó por las rodillas. Madre e hija se echaron a llorar.

Las sombras de la tarde comenzaron a alargarse en el patio. La madre de Puro se dio cuenta de que solo habían cocinado un vegetal y que sería embarazoso si alguien de la familia del prometido de su hija aparecía para cenar. Le pidió a Puro que fuera a los campos de cultivo a por un manojo de okra.

Puro tenía un pensamiento intranquilo. Se llevó a una de sus hermanas con ella. Agarró la okra y las vainas de rábano y las dos se pusieron camino a casa. Detrás de ella le llegó el sonido de cascos de caballo a todo galope. Antes de que se pudiera

apartar del camino sintió que algo le golpeaba violentamente el hombro derecho. Se tambaleó bajo el golpe; sintió un brazo humano enrosándose a su cintura la levantó en el aire. Se encontró tumbada en la montura del caballo.

Los chillidos de Puro se apagaron en la distancia a medida que el caballo y su jinete volaban a través de los campos del pueblo de Chatto.

Puro no sabía de dónde había venido el caballo, ni quién lo montaba; no sabía cómo de lejos la habían llevado. Había perdido la consciencia, y cuando recuperó los sentidos se encontró en un charpoy de una habitación con la puerta cerrada. Se golpeó la cabeza contra los muros y aporreó con las manos hasta que cayó, exhausta. Sintió que alguien frotaba ghee caliente en su cuero cabelludo. Por un momento pensó que estaba su madre junto a su almohada. Un llanto agonizante escapó de sus labios:

—¡Mamá!

—¡Sean mis pecados perdonados! ¡Háblame otra vez!  
— dijo una voz detrás de ella. Puro levantó su febril cabeza. Era Rashid. Chilló y cayó inconsciente en su charpoy. Había soñado que estaba en una cueva. Un oso negro estaba peinando sus cabellos con las garras. Ella había encogido, mientras que el oso era más y más grande. El oso la tomó en su abrazo greñudo...

Puro abrió los ojos y se quedó con la mirada perdida en el techo. Alguien estaba masajeando las plantas de sus pies. Él presionaba sus hombros suavemente y con sus manos vertía agua en sus labios. Puso una cucharita de ghee caliente mezclado con gur en su boca. Tomó un sorbo y escupió el resto.

Se sentó en el charpoy.

—¿Dónde estoy?

—Estás conmigo —Fue su simple respuesta. Se sentó en una banqueta de madera frente a ella. Bajó sus ojos; no tenía coraje para mirar a Puro a la cara.

—¿Por qué me has traído aquí? —preguntó Puro con valentía.

—Te lo diré en otro momento —respondió y salió de la habitación dejando la puerta entornada.

Puro vio un pequeño patio que llevaba a otra habitación